

ESTE ESCRITOR fue un agente confidencial del Gobierno de Gran Bretaña en Bogotá, ciudad a donde llegó el primero de marzo de 1824, acompañado del teniente coronel Patrick Campbell, James Henderson y John Cade. Después de permanecer allí unos meses regresó a Londres, pero a comienzos de 1825 regresó con el empleo de ministro plenipotenciario de Gran Bretaña, encargado de negociar un tratado de comercio y amistad. Sus impresiones de este viaje las recogió en el libro que publicó en Londres, durante el año 1827, con el título de *Travels Trough Provinces of Colombia*. Como Bolívar se encontraba en la campaña del Perú durante su permanencia en Bogotá no pudo conocerlo personalmente, pero recogió de boca de unos de sus edecanes ingleses la siguiente anécdota.

Agosto 1819

Una gran virtud de Bolívar, y muy rara, es su total desinterés y el poco cuidado que demuestra por todo cuanto concierne a sí mismo en medio de las privaciones más severas, deseoso siempre de compartir lo que tiene con sus compañeros de armas, así se trate de su última camisa. A este propósito, creo oportuno relatar una anécdota que me hizo conocer uno de sus edecanes.

Apenas entrado Bolívar en Santafé, después de la derrota de los españoles en Boyacá, dio una gran fiesta a las mejores familias de la capital y, poco antes de la cena, llegó hasta él un coronel inglés. Bolívar, mirándole, le dijo:

—Mi estimado y bravo coronel: ¡Qué camisa sucia se ha traído usted!... y precisamente para asistir a esta gran cena. ¿Qué sucede?...

El coronel le contestó que lamentaba mucho tener que confesar la verdad: no tenía otra camisa. Bolívar, al oír esto, se rio e hizo llamar a su mayordomo para decirle que diera al coronel una de sus camisas. El mayordomo vaciló y se quedó mirando al general sin decir palabra. Este, ya algo impaciente, insistió:

—¿Por qué no cumple lo que acabo de ordenarle? Pronto estará la comida en la mesa.

El mayordomo, entonces, balbuceó:

—Su Excelencia tiene dos camisas, nada más. Una la que lleva puesta y otra que se ha mandado a lavar...

Esta respuesta hizo a Bolívar y al coronel reír a carcajadas. El primero, dijo burlón:

—Mi querido coronel: ¡los españoles huyeron tan de prisa que me han obligado a dejar en la retaguardia mi equipaje pesado!*

Simón Bolívar, ca. 1822. Antonio Salas Pérez (1795-1860). Pintura (óleo/metal). Colección Museo Nacional de Colombia, reg. 1855. Foto: ©Museo Nacional de Colombia / Samuel Monsalve Parra.

